

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el soldan de Niquea supo que era tomada la ciudad, é del consejo que hobo con sus caballeros que fuese á pedir acorro al soldan de Anconia.

Tomada ya la ciudad de Niquea, así como oistes, fué la nueva á Zuleman, el soldan, en que le contaban aquel hecho todo cómo pasara, é cómo perdiera la villa, é cautivaran á su mujer é á sus hijos, é los levaran á Constantinopla, é que todo el haber que en la ciudad fuera fallado todo lo hobiera el Emperador, con las armas; é como sacaran todos los moros de la villa, é la poblaran de cristianos é hicieran las mezquitas iglesias. Grande fué el sentimiento que mostró Zuleman cuando supo aquellas nuevas. Pero, como hombre esforzado, comenzó á conhortar, é llamó á un su hijo, que había nombre así como él, é por eso le llamaban Zuleman el menor, é otros sus parientes, en que se fiaba; é hobo su consejo con ellos de cómo fuese á demandar ayuda al soldan de Anconia, cuyo cuñado era é de quien tenía tierra. E despues qu'el consejo fué tomado, no quiso consigo levar mas de cien caballeros, é anduvo tanto por sus jornadas fasta que llegó á la ciudad de Anconia; é ante que llegase, hacia cada día gran llanto por la ciudad de Niquea, que había perdido, é acordándosele las grandes honras é los grandes vicios é los otros bienes que en ella hobiera, é veniéndosele á la memoria de cómo los cristianos le vencieran cuando le tenían cercada la villa é gela tomaran por fuerza; é otrosí de cómo su mujer é sus hijos eran cativos é en poder de los griegos. E cuando todas estas cosas revolvía en su corazon, tan grande era el pesar que dello recibía, que por poco no caía del caballo en tierra. Mas el hijo le conhortaba, que era bueno é esforzado, diciéndole todavía que el Soldan, su cuñado, le acorrería de manera, que habría venganza de sus enemigos; é sin esto, hacíale memoria del gran esfuerzo que en él había é de los grandes hechos de armas que en este mundo pasara. E desta forma le iba conhortando, hasta que llegaron á Anconia é posaron fuera en unas huertas, que no quisieron entrar en la villa, porque era ya tarde, el sol puesto.

CAPITULO II.

Cómo el soldan de Niquea dijo á su hijo que fuese al soldan de Anconia á decirle su queja é negocio, é cómo encontró con un su pariente.

Otro día en la mañana llamó Zuleman á su hijo, é mandóle que fuese al Soldan é que le contase todo su hecho que pasara, é que le rogase por Dios é por Mahoma que le acorriese, porque él no fuese desheredado de todo lo que había, é la ley de Mahoma no perdiese tan gran tierra como la suya. Zuleman el menor hizo así como su padre le mandara, é vistióse de los mas ricos paños que él pudo haber, é no levó consigo

sino un su primo cormano. E comenzó de ir por medio de la villa, preguntando dó estaba el Soldan; é allá do iba encontróse con un almirante, que era muy privado del Soldan, que llamaban Havar, é preguntóle dó podría hallar al Soldan, é él díjole que le hallaría en su alcázar; mas que le rogaba que le dijese quién era ó dónde venia. E él contóle cómo era hijo de Zuleman el mayor, que fuera soldan de Niquea, é que él otrosí que había nombre Zuleman; é díjole cómo su padre fuera vencido en la batalla que hobiera con los cristianos que vinieron en romería de parte de occidente; que había perdido la ciudad de Niquea é muy gran parte de la tierra; que le habían preso la mujer é dos hijos pequeños, los cuales tenía el emperador de Constantinopla en su prisión. E cuando esto oyó Havar, el almirante, pesóle mucho por el daño que había recibido; é de otra parte plúgole, porque conoció á Zuleman el menor, que era su pariente de parte de su madre; é levólo primeramente á su casa, é dióle aquellas cosas que entendió que menguaban, porque pudiese ir mas apuestamente ante el Soldan, é guióle hasta que lo levó allí do el Soldan estaba.

CAPITULO III.

Cómo Zuleman, hijo del Soldan, contó su embajada, quejando su daño é pérdida al Soldan.

Quando Zuleman el menor vió al soldan de Anconia, dejóse caer en tierra é fué los hinojos fncados hasta él, é fué é besóle el pié bien tres veces; é despues comenzó á contarle de cómo aquellas gentes que pasaran de parte de oriente destruyeron toda la tierra, é cómo habían tomado á Niquea por fuerza é pobládola de canes (1), é hecho de las mezquitas iglesias, é toda la otra tierra robada é abrasada de fuego; é sin todo esto, habían muerto tanta de gente, que apenas podría ser contada; é que por amor de Dios é de Mahoma, su profeta, que lo remediase con su ayuda é consejo; si no, que supiese que todo lo que quedaba perdería en poco tiempo. Cuando esto oyó el Soldan, preguntóle cuyo hijo era ó cómo había nombre; é él respondióle que su nombre era Zuleman el menor, é que era hijo del gran Zuleman que fuera soldan de Niquea, é que la había perdido, así como le había ya contado; é demás, díjole que su padre le estaba esperando fuera de la villa en las huertas, para hablar con él. Cuando el soldan de Anconia oyó estas palabras, tóvolo por muy gran extrañeza é burla; lo uno, porque no creía que aquel era hijo del soldan de Niquea, é esto era porque nunca ant'él lo viera; é lo otro, porque creía otrosí que aquellas palabras no eran verdaderas; que no pensaba él que ninguna gente se atreviese á entrarle en su tierra; é sin todo esto, veía

(1) Entiéndase *perros*, es á saber *cristianos*, pues para los que profesan la religion de Mahoma una y otra voz son sinónimas.

á Zuleman tan niño, que creía que todo aquello era fingido, é que aquellas palabras decia de suyo por ganar algo dél, ó que las decia con locura; é por ende, comenzó á mirar mucho, é respondióle con saña, diciéndole que lo tenía por sándio é loco, porque tales palabras como aquellas le osaba decir; é demás, que no le creía ninguna cosa que él dijese, é que le mandaba que saliese luego de su casa; que mas valia que á otro lugar fuese buscar su provecho, que no estar ante él diciendo palabras locas. Cuando Zuleman oyó lo que decia el Soldan, hobo tan gran pesar, que por poco no perdió el seso; é metió mano á la espada que traía, é sacóla de la vaina, é díjole á tan grandes voces, que todos cuantos estaban en el palacio lo oyeron: «Por la ley de Mahoma, en que yo creo, que si no fuese porque sois mi señor, en fuerte punto hobiérades dicho esta palabra que agora dijistes; que aquí ante todos vos cortaría la cabeza si sopiese que mil vegadas me matarian por ello, é haria muy gran derecho; que porque he contado vuestra deshonra é vuestro mal me denodastes é me llamastes sándio, en lugar de tomar consejo en vuestra hacienda porque no recibísedes mas mal de lo recibido; é sin todo esto, mandarme salir de vuestra casa, como si hobiese hecho alguna traición, no teniendo memoria del linaje donde vengo ni de mi padre, que vino á vuestra corte por demandarvos ayuda con que pueda defender vuestra tierra, é vos está esperando fuera de la villa para hablar con vos.» En tanto que Zuleman decia estas palabras, teniendo la espada en las manos, todos los que guardaban al Soldan pensaron que lo quería matar, é dejáronse venir á él por herirle; mas el Soldan se levantó en pié, é defendió que no le tocasen, diciéndoles que las palabras que él decia que eran con locura é con niñez, é por ende, que non gelas debian demandar como á otro hombre. E en tanto que esto hobido dicho cató una gran pieza, é vído cómo era hermoso doncel é apuesto, é dióle el corazon que bien podría ser verdad aquello que decia; é por ende, tomólo por la mano é asentólo cabe sí, é comenzó de abrazar é preguntarle si era verdad aquello que decia, de tan gran daño como le habían hecho los cristianos. E él díjole así: que aun mayor era de lo que él le había contado. Cuando esto oyó é creyó el Soldan, hobo tamaño pesar, que por poco no cayó en tierra de allí do estaba asentado, é estuvo así una gran pieza que no pudo hablar; é despues preguntó á Zuleman otra vegada si era verdad lo que le decia, que Zuleman el mayor era su padre, ó que los cristianos habían tomado á Niquea, como él contaba. E Zuleman gelo dijo otra vez, así como gelo había primero contado. E sobre aquello juró el Soldan por su ley que él le enviaria tal ayuda, con tan gran poder de moros, que todos los cristianos serian destruidos; é cuando esto hobo dicho, tomólo por la mano é levólo consigo, é hízole comer cabe sí, é curó dél muy bien todo aquel día.

CAPITULO IV.

Cómo el soldan de Anconia fué á ver al soldan de Niquea con Zuleman, su hijo.

Sin mas se detener, otro día en la mañana el soldan de Anconia, é con él Zuleman el menor, fueron á la mez-

quita á hacer oracion, é despues cabalgaron, é levó consigo el Soldan muy gran caballería, é fué á ver á Zuleman el mayor, que le estaba esperando en un prado con aquella compañía que con él viniera; é luego que se vieron abrazáronse mucho é hicieron muy gran alegría unos con otros; é despues asentáronse en medio de los campos, en unos paños dorados muy ricos é muy hermosos, que les pusieron en que se asentasen. E allí lloró mucho Zuleman el mayor ante el soldan de Anconia, contándole todos los males é los grandes daños que había recebido de los cristianos, así como ya oistes; é en tanto que gelo contaba, lloraba muy de rocio el soldan de Anconia; pero en cabo comenzó á conhortar á Zuleman, diciendo que él le daría ayuda con que destruyese á los cristianos, é que él le daba luego ochenta mil turcos que fuesen con él, é entre tanto que se aparejaria é levaria muy gran gente, que los cristianos no lo osarian atender. Cuando esto oyó Zuleman, plúgole muy de corazon é homillóse á el Soldan, gradesciéndole mucho la gran ayuda que le hacia; é despues que así estuvo una pieza, tomólo por la mano el soldan de Anconia, é levólo consigo para el alcázar, é asentólo cabo sí é fizolo comer consigo muy bien. E despues que hobieron comido, mandó luego á un su mayordomo que le diese aquellos ochenta mil caballeros pagados de sus soldadas por un mes; é dióle, otrosí, gran haber para pagar á sus caballeros; é en tanto que ellos así estaban llególes mandado de cómo los cristianos eran salidos de Niquea, é que se iban para Hierusalem, é que habían de pasar por el val de Gutinia. Cuando Zuleman el mayor oyó estas nuevas, plúgole mucho, é mandó luego cabalgar todos los ochenta mil caballeros que le diera el Soldan, é otrosí á los que con él viniéran, é hizo apellidar todas las tierras que fuesen con él, é comenzó á ir al derecho do cuidó que fallaría los cristianos; pero hobo tal acuerdo, que non lidiase con ellos sino cuando los hallase departidos, porque en esta manera los podría mas ahina desbaratar; é si alguna compañía dellos pudiese vencer, que despues mejor podría con los otros; é sobre esto andaba siempre por las montañas, arredrado dellos cuanto una jornada ó mas, acechando cuándo los vería; é traía siempre sus espías con ellos que gelo hiciesen saber; así que, despues que los cristianos de Niquea fueron partidos, hiciéronse dos partes, é la una era muy menor que la otra; é Zuleman supólo luego, é fué á lidiar con aquellos menos, con que entendió que podría hacer de su pro.

CAPITULO V.

Cómo fueron desbaratados los de la hueste del soldan de Niquea é cómo Boymonte lo envió á decir al duque Gudafre.

Tres días anduvieron en paz despues que partieron de Niquea en uno la hueste de los cristianos. Esto fué martes, 23 días de julio, en la era dicha, é anduvieron ese día é el miércoles é el viérnes en sosiego, é llegaron á una puente que era sobre una agua pequeña, é porque era fria, había muy buenos prados é lugar vicioso; albergaron hí esa noche, que venian muy cansados del camino, é tomaron entre sí acuerdo que se repartiesen, porque todos en uno no podrían hallar

viandas; pero al fin quedó él acuerdo que mas adelante lo hiciesen de que fuesen entrando por la tierra; é esto fué el juéves, é el viérnes movieron de allí de mañana ante que fuese de día, é la noche era mucho oscura, por la niebla que facia muy espesa; é cuando hobieron pasado la puente hallaron dos carreteras, que se partían, la una á diestro hácia los llanos, é la otra á siniestro hácia las montañas; é Boymonte é Tranquer tomaron aquella de siniestro, é el conde de Tolosa, é Ruberte de Normandía, é el conde Estéban de Chartres, é el conde de San Polo, é fueron con ellos mas de cuarenta mil hombres d'armas; é por la otra carrera de diestro fué el duque Gudufre, é con él todos los hombres honrados que eran en la hueste; é todo aquel día fueron en paz, é albergaron aquella noche otrosí, de manera que de la una hueste á la otra no había mas de dos leguas; é Zuleman el soldan, que andaba aguardando tiempo, é sazón, así como ya oistes, en cómo podiese vengarse del daño que había recibido; é él traía sus espías con la hueste de los cristianos, que le hacían saber todo su hecho de los cristianos; donde acaesció aquel día que cuando la hueste menor se partió de la otra, que pasó á dos leguas dél; é luego que lo supo hobo su consejo cómo fuese herir en ellos en amanesciendo; mas Boymonte é aquellos que con él iban madrugaron ante del día é comenzáronse á ir; é desde esto supo Zuleman, fuése acostando á ellos. Mas Boymonte é el conde de Tolosa habían enviado adelante sus corredores que viesan á todas partes é que descubriesen la tierra; é el que era caudillo dellos había nombre Ruberte, hijo de Girarte, que tenían por muy buen caballero de armas; é era, otrosí, muypreciado de entendimiento é de seso, é era hombre en que se fiaba mucho Boymonte; é allí do iba descubriendo la tierra subió encima de una sierra mucho alta, é un caballero con él, que había nombre Jufre de Mongin, é vieron el gran poder de los moros, que venían todos armados para lidiar; é dijéronlo á Boymonte é al conde de Tolosa, é á los otros que ahí eran; é ellos hobieron luego su consejo cómo enviasen mandado al duque Gudufre é á los de la gran hueste que los viniesen á ayudar, é el que levó aquella embajada fué Golfer de las Torres, é luego que se partió dellos comenzóse de ir cuanto el caballo lo pudo levar, é llegó muy abina á la hueste, é como vió al duque Gudufre, sacólo aparte é comenzóle de decir de la gran gente de los turcos que venían sobre la otra hueste, é que eran tantos, que era cierto, si acorro no hobiesen, que no podría ser que presos ó muertos no fuesen; é díjole así: que si de ir había, que luego fuese, que él no estaría ahí mas, porque había gran deseo de se tornar cuanto pudiese, de manera que fuese en aquel hecho. Cuando vió el duque Gudufre que Golfer de las Torres se quería ir, trabólo de las riendas é tóvolo quedo, é dijo que en ninguna manera no se iría antes que él, que él luego se quería ir. En tanto que esto hobo dicho, llamó á sus hermanos Eustacio é Baldwin, é una pieza de buenos caballeros d'armas que traía en su compañía, é mandóles que hiciesen armar apriesa á toda su gente, porque él iba á acorrer á los de la otra hueste, que lo habían mucho menester. Cuando esto hobo dicho tomó un

cuerno de marfil que traía consigo é tañólo tres veces. Entonce supieron todos los de la hueste que habían de haber batalla, é armáronse muy apriesa é pararon sus haces, ó movieron en pos del duque Gudufre, que iba en la delantera. Las carretas é todo el otro fardaje iba en pos dellos; así que, no ha hombre que los viese, que no afirmase que ninguna gente les debía esperar en batalla. E Golfer de las Torres los guiaba por unos valles encubiertos, de manera que los moros no supieron nada de su venida hasta que fueron con ellos.

CAPITULO VI.

Del acuerdo que hobieron Boymonte é los honrados hombres que con él venían.

Así que Boymonte, príncipe de Pulla, é los otros de la menor hueste, que hobieron enviado su mensajé al duque Gudufre, tomaron consejo entre sí de lo que hiciesen contra aquella gran gente que venía sobre ellos, é acordaron que un castiello antiguo que estaba cerca dellos, é iba de la una parte una agua que se hacia carrizal muy hondo, é del otro cabo era peñescal é lugar muy fuerte, que fincasen allí las tiendas, é que el ganado é todas las bestias metiesen entre el agua é las tiendas, é de la otra parte que cercasen las tiendas de carros é carretas, de manera que se hiciese todo como fortaleza, porque pudiesen hí dejar las mujeres é los niños é los dolientes; é ellos hiciesen sus haces é fuesen derechamente á los moros, é si á Dios pluguiese que los venciesen, que serían muy bien andantes; é si por aventura tantos fuesen que no pudiesen con ellos, que se podrían ahí acoger é defenderse hasta que la otra hueste llegase. Cuando esto hobieron todos acordado, dijo Ruberte el de Normandía que aquel acuerdo era muy bueno, mas que los moros eran muchos á demasia; é pues con ellos habían á lidiar que él había hallado manera por do ellos podrían mas ahina vencer; é esto era que tomasen cien caballeros récios é corredores é que los armasen muy bien de armaduras muy fuertes, é estos fuesen herir primero en todas las haces de los moros allí do la mayor priesa fuese; é por golpes que les diesen, que no peleasen con ellos, mas que pugnasen en pasar por todos; é que los moros, cuando aquello viesen, tamaño gana habrían de los matar, que se volverían todos, é ellos que los fuesen entonce herir; é que aquellos toparían con los otros tan de récio, que ellos mismos los vencerían, é que desta guisa podrían ahina ser desbaratados. Mucho plugo á todos del consejo que les diera Ruberte de Normandía, é parecióles que era bueno; é luego fueron escogidos los cien caballeros, é hobieron mas si quisieran, ca muchos venían de grado para entrar en aquel hecho, creyendo que era servicio de Dios é salvacion de sus ánimas, por lo cual ellos eran salidos de sus tierras. E aquestos cien caballeros apartáronse todos, muy bien armados, á una parte, sobre muy buenos caballos é récios, é levaron yelmos los mejores que pudieron haber; é despues que hobieron hecho su tropel metiéronse delante las otras haces, é fueron ahí cinco caudillos, é el uno dellos fué el conde Retrol Dalperchas (1),

(1) Véase la pág. 125, col. 2.

é fué hí, otrosí, el conde Arnalt de Génova, é otrosí Graner Dancisa, é el conde Gualter de Turmes, é Guillen el marqués, hermano de Tranquer; cada uno destos levó veinte caballeros, todos escogidos, é desta manera fueron ciento. E en pos dellos fué el duque de Normandía con una haz, é en la otra haz Boymonte é Tranquer, é luego despues de aquella el conde de Tolosa é todos los otros honrados hombres que hí eran; é estos todos iban muy bien armados para vencer ó morir; ca todos habían confesado é comulgado, é habían esperanza de ser salvos é de ir á paraíso, si muriesen, ca por la cruz que tomaran é por la penitencia que hicieran, eran quitos de cuantos pecados habían dichos é hechos; mas tan pocos eran contra los moros, que para un cristiano había hí cincuenta moros, é Zuleman, el soldan de Niquea, que era muy sabido en guerra, como quier que trujiese muy gran gente además, de manera que los cristianos no parecían nada en comparacion dellos, con todo esto, temiéndose que si todos los moros levase en uno é por aventura fuesen vencidos, que despues no podrían cobrar; é sobre eso partió su gente en dos partes, é la una meitad, que enviase con su hijo que lidiase con los cristianos, é la otra meitad que fincase con él; é esto hacia porque si por aventura la meitad que él enviaba fuesen vencidos, que despues que llegaria él con la otra meitad é que podría hacer á su voluntad dellos; ca los cristianos, maguer venciesen, tan quebrantados quedarían, que le no podrían sufrir, é que faría dellos lo que quisiese. E despues que este consejo hobo tomado, partió su compañía por meitad, é él quedóse en un montecillo con los unos, é envió á su hijo con los otros, que lidiase con los cristianos; é estos fueron mas de ochenta mil hombres á caballo. Los cristianos, cuando los vieron venir, enderezaron á ellos los cien caballeros que iban delante, é fuéronlos á herir muy de récio, é quiso Dios que cada uno dellos mató é derribó el suyo. Grande fué el ruido que hicieron los moros, tañiendo trompas é atambores é dando muy grandes voces, desde vieron que los cristianos los fueron á herir. Mas los cien caballeros, desde les quebraron las lanzas, metieron mano á las espadas é comenzaron á herir en la mayor priesa que hí había, de manera que todas las haces fueron vueltas sobre ellos, é encerráronlos entre sí é comenzáronlos á matar é á derribar; mas ellos se defendían muy fuertemente. E el duque de Normandía é la otra gente de los cristianos se ayuntaron cuanto pudieron para acorrerlos; mas tan ahina no pudieron allegar, que hallasen dellos mas de cinco á caballo, é estos eran los cabdillos de que oistes los nombres; é como quier que ellos no eran mas de cinco, é los moros muchos además, así los quiso Dios guiar, que todas las haces pasaron é hicieron volver; así que, cuando llegó el duque Ruberte de Normandía, á los mas de los moros halló de espaldas, que eran todos tornados sobre los cien caballeros por matarlos. E por ende, los herieron atan de récio, que ante que se hubiesen acordar hobieron muerto mas de cuatro mil. E los moros, cuando esto vieron, tornaron sobre ellos, é comenzáronlos á herir de todas partes muy fieramente; mas los cristianos se defendieron muy de récio. E el duque de Normandía, que llegara primero, dió tan gran herida

á un moro, que toda la lanza le metió por el cuerpo, é dió con él muerto á los piés del caballo, é quebró la lanza en él, é luego metió mano á la espada é dió tan gran herida á otro moro por encima de la cabeza, que lo mató otrosí, é comenzó á hacer maravillosamente de armas; así que, todo hombre que lo viese lo preciaría mucho. Mas la gente de los moros era tanta, que los herían de todas partes apriesa, que á grandes penas podían los cristianos alzar los brazos para herirlos. Sobre esto llegó el conde de Tolosa é aquellos que con él iban, é hirieron entre los moros tan fieramente, que todas las haces volvieron; así que, los hobieron todos vencido, sino porque los moros se facían fuidizos é tornaban siempre, é tomábanle las espaldas é heríanlos de todas partes; así que, mataban á ellos é á los caballos; pero de aquella entrada que hizo el Conde mató uno de los mejores almirantes que ahí había, ca le dió tan gran lanzada por medio de los pechos, que gela sacó á las espaldas, é sobre aquel fueron á herir los moros, é volviése tan fieramente la hacienda dellos é de los cristianos, que sino por los lenguajes que hablaban, apenas se podrían conocer cuáles eran los moros ó cuáles eran los cristianos; tan vueltos andaban; pero desde el comenzo fueron muy bien andantes los cristianos, é mataron muchos dellos; así que, todo el campo era cubierto de muertos é de heridos; é hobiéranlos de aquella vez vencido, sino porque envió Zuleman una parte de su gente que los ayudase; é aun hizo mas, que de los otros que él tenía consigo metió una pieza dellos en celada, é mandó aquellos que enviaba que si los cristianos no pudiesen vencer que se hiciesen fuidizos, é que los trujiesen á la celada do él mandaba meter los otros. E ellos hicieronlo así; ca los unos se metieron en celadas mucho acerca de la batalla, é los otros fueron do el conde de Tolosa é Ruberte de Normandía lidiaban, é tomáronles las espaldas é comenzáronlos á herir tan de récio, que los tovieron en tamaño cuita, que todos hobieron de ser muertos ó presos, sino por Boymonte é Tranquer, que los acorreron, que sabían mucho de guerra, é conocían mucho el hecho de los moros mas que ninguno de los otros que ahí eran; ca siempre hobiera con ellos guerra Ruberte Guisarte, su padre de Boymonte, como aquel que ganara por fuerza á Cecilia é Pulla, que tenían aquella sazón los griegos é los moros, é hobo muchas batallas con ellos, é vencióles é destruyólos, hasta que los echó de la tierra. E esto hizo como aquel que era muy buen caballero de armas é muy sesudo en todo hecho de guerra. E en aquel uso mismo que él vivía fué criado Boymonte, su hijo, de quien aquí hablamos; é si el padre fué bueno en armas é en seso, no lo fué el hijo menos; ca ningún hombre de los sus dias no se trabajaba ni aventuraba mas el cuerpo que él por hacer servicio á Jesucristo é hacer cosas porque mas valiese; é porque conocía la manera de los moros en cuál manera los debía acometer cuando lidiase con ellos. E por ende aderezó así: que en viniendo él á acorrer al conde de Tolosa é al duque de Normandía, fué herir en la haz de los moros que enviara Zuleman entonce, é vino á ellos como de travieso, é con la buena compañía é grande que traía heriólos tan de récio, que mató muchos dellos, é derribó él mesmo por sí dos al-

mirantes; el uno era sobrino de Corbalan, alguacil mayor del gran soldan de Persia, é era hombre muy poderoso é traía gran caballería, é dióle tan gran lanzada por medio de los pechos, que le falsó el lorigon é el gambax, é metióle la lanza por el cuerpo é dió con él muerto en tierra, é quebrósele el asta é metió mano á la espada, é dió al otro tan gran herida de travieso por amos los ojos, que toda la espada le metió por la cabeza é matólo. E por vengar estos almirantes dejáronse venir todos los moros é cercáronlos en derredor, é comenzáronlos á herir de todas partes tan de récio, que mataron é derribaron muchos dellos. Mas los cristianos se defendían como aquellos que bien sabían que no esperaban otra cosa de los moros sino muerte ó prision, si esforzadamente no se defendiesen. E por esto duró la batalla bien fasta hora de mediodía, que los unos ni los otros no se podían vencer; mas los moros tenían á los cristianos cercados en derredor á manera de corro, é heríanlos de todas partes. E cuando los cristianos contra algunos dellos arremetían, venían los otros á las espaldas é facíanles gran daño; é sobre eso hobieron su acuerdo que se ayuntasen todos en un lugar, é que de allí apretasen con ellos cada uno en aquel derecho que estuviere, é esto que fuese yuntamente, é hicieronlo así; ca se ayuntaron todos como una muela, é dejáronse mucho encarnar de los moros, é despues arremetieron contra ellos á todas partes, é hirieronlos tan de récio, que los moros no lo pudieron sufrir, é como huyendo, dejáronse ir para el lugar do tenían la celada. Mas los cristianos, con gran gana que habían de los vencer, cuidaron que no había allí mas de aquellos con que lidiaban, é fueron heriendo en ellos é matando cuanto mas pudieron, hasta que llegaron á la celada, do estaban mas de euarenta mil caballeros, todos holgados, que en todo aquel día no habiau entrado en la batalla.

CAPÍTULO VII.

Cómo los de la hueste que iban en alcance de los moros hallaron la celada, é cómo se tornaron para las tiendas.

Yuntos estaban todos los moros que yacían en la celada, é eran muchos é holgados, así como vos ya dijimos; é los cristianos que venían en pos dellos en alcance eran muy cansados, ca habían todo el día lidiado, con gran pérdida de gente, porque los moros eran muchos é ellos eran muy pocos; que, á lo que se podía de su muchedumbre juzgar, mas había de cincuenta para uno. E demás los cristianos estaban todos armados de fuste é de hierro, é los moros no, sino muy pocos, é aquellos muy ligeramente, para alcanzar é huir áhina, si menester les fuese. E sin todo esto, tenían los moros muchos arqueros, los cuales no tenían los cristianos, é les hacían daño de léjos, é ellos no gelo podían hacer, porque si arremetían con ellos no los podían alcanzar, é ellos volvían á sus espaldas é matábanles los caballos, é llegaban á ellos; é sobre todo, lo que mas los fatigaba era la gran calor que hacía, que les ponía tan gran sed, que no sabían qué consejo tomasen; é allende desto, ahogábanseles los caballos con el peso dellos é de las armas que traían, é otrosí con fatiga de la gran sed; pero todas estas cosas sufrían ellos muy bien, porque pensaban

haber vencido la batalla. Mas desque llegaron á la celada é vieron el gran poder é multitud de los moros que en ella yacían, é que se dejaron luego venir á ellos con grandes voces é con gran ruido, é los comenzaron á herir muy de récio, como aquellos que hallaban muy descabillados, viniendo en alcance é mal tratados de todas las maneras que vos ya dijimos. E por ende, los cristianos vieron que era mejor de se tornar para las tiendas é ampararse en ellas, que no atender á los moros en lugar do no los pudiesen sufrir, é donde no escaparían de ser muertos ó presos, é de mas meter en aventura todo el hecho de la otra hueste é de sus cuerpos, porque si ellos allí se perdiesen, los otros no eran tantos, que pudiesen estar por la tierra. E sobre este acuerdo que hobieron, comenzaron á ir para las tiendas cuanto los caballos los podían llevar. Mas los hombres honrados que allí había, é la otra buena caballería, iban á la zaga defendiendo los otros é sufriendo todo el afán de la gente de los moros, que los aquejaban mucho, é tornaban á ellos mucho á menudo allí do entendían que era mas menester; con todo eso, no pudieron hacer tanto que no recibiesen muy gran daño; mas aunque ellos levaban la zaga, los moros iban por los lados hiréndolos de todas partes é matando é hiriendo muchos dellos; é desta manera fueron con ellos hasta que llegaron á las tiendas. E luego que los cristianos fueron llegados á las tiendas, hobieron su acuerdo que descendiesen á pié é que no fuese ninguno á caballo, salvo los hombres honrados para acabillarlos, é los otros todos que quitasen las armas pesadas, é que se armasen ligeramente. E luego que esto hobieron hecho, por la gran calentura que hacía, mandaron á todos los otros hombres que fincaban en la hueste que fuesen por agua al río, que estaba hí luego al pié de una cuesta, donde tenían sus tiendas de manera que no les podían hacer mal los moros. E ellos hicieronlo muy de grado, é desto non se excusó ninguno, ni clérigo ni lego, ni aun los hombres honrados, ni los viejos que podían andar, ni los que eran llagados, sino que habían tamañas heridas que se non podían levantar; mas sobre todo las mujeres los acorrian mas, ca estas les traían mucha agua en cántaros, é en escudillas, é en copas, é en vasos, é en todas las otras cosas en que ellas la podían traer. E esto hacían por acorrer á sus maridos é á sus parientes, que veían en gran peligro. E sabían ciertamente que si ellos allí fuesen muertos, que quedarían ellas cativas é deshonradas. E por ende, ninguna non se excusaba de hacer todas aquellas cosas en que mejor les pudiesen ayudar; así que, las mas honradas dueñas que había iban por el agua é metíanse por el río cuanto mas podían por traer mejor agua, é non habían ninguna vergüenza las que alzaban las haldas, nin las otras, aunque se mojabán, é las ropas que perdían non se dolían de ellas, aunque andaban vestidas muy ricamente de paños de seda con oro, é otras de paños de lana mucho apuestos é bien fechos, segun la costumbre; é tanto apriesa iban é venían al agua todas juntamente, con cuita de la sed, que mujeres preñadas é mozas é hombres flacos caían en la presa, é los otros pasaban todos sobre ellos é ahogábanlos allí. E cuando los turcos vieron á los cristianos descender á pié, pensaron que lo hacían por desamparar el campo; é

estonce venieron todos á ellos, los unos á caballo é los otros descendían; é comenzáronlos á combatir muy de récio, é tantas eran las saetas que les tiraban, que mataron é llagaron muchos dellos; otrosí de las mujeres é de los hombres que iban por el agua, cuando llegaban á dárgeles; así que, todo hombre habría mancilla é gran dolor en su corazón de ver yacer muertas é heridas tantas dueñas é doncellas, muy hermosas é de gran linaje; ca las unas yacían cabe sus maridos, é las otras cabe sus señores é sus parientes, que traían sus hijos en los brazos muertos ó mal llagados; é algunas dellas había que cuando veían los maridos ó los parientes estar muertos ó heridos, salían contra los moros é tirábanles piedras ó aquello que podían coger en la mano, con que les pensaban hacer mal, como aquellas que lo hacían con gran cuita, é que estaban así como fuera de seso; é allí las mataban é ferían, é las que se sentían mal llagadas tornábanse para las tiendas é ibanse echar cabe aquellos que veían ya ser muertos, con quien habían debdo é amor, é morían muchas dellas; así que, no hay corazón que no hobiese gran piedad. E aun sin esto, había otra cosa que era de gran pesar; ca todo el ganado de los cristianos, que metieran entre la hueste é el río, é hecieran cerca de todas partes porque no pudiesen salir, las saetas de los moros llegaban allí é heríanlos, é ellos querían salir é no podían; é volvíanse de manera los ganados unos con otros, que les mataban los caballos é las yeguas, é heríanlos á coeces; así que, todo el ganado menudo muría; é otrosí, muchos hombres é mujeres que cogían ante sí matábanlos; é tan grandes eran las voces de los hombres é del ganado, que cualquier que lo viese habría ende gran dolor é muy gran piedad; é tan fieramente los combatieron aquel día los moros en unas tiendas que habían puesto fuera de la barrera, las cuales hicieran para se defender, que las entraron é derribaron, matando todos los hombres que hí había; é las dueñas é las doncellas é las otras mujeres que hallaron, leváronlas cativas. E como quier que todas estas cosas desmayasen al pueblo de los cristianos, todavía los hombres buenos que ahí estaban los esforzaban mucho é los conhortaban, yendo de unos lugares á otros, é diciéndoles que no podrían ellos sufrir cosa en servicio de Jesucristo, que fuese nada en comparación de lo que él sufriera por ellos; é demás, que aquel era lugar para extremarse los buenos de los malos, ca el que muriese iría derechamente á paraíso, é aquel que ende escapase fincaría por bueno é habría siempre buena fama, é cuantos dél veniesen; é los que allí muriesen seyendo malos é cobardes, irían al infierno, é los que escapasen quedarían amenguados é reputados por viles, é no serían para parecer entre los hombres, é serían denostados todos los que dellos descendiesen; é deciéndoles estas palabras, conhortábanlos mucho, é dábanles tan gran esfuerzo, que todos se metían muy de corazón á morir por Dios, é facer por sus manos por que fuesen tenidos por buenos; de manera que tomaron su acuerdo así, que todos comunamente, así caballeros como la otra gente, se metieron á tirar de ballesta é con arcos, é con dardos é hondas, é mataron é hirieron muchos moros, é arredráronlos de sí una gran pieza; é

eran así partidos por meitad, que mientras los unos lidiaban con los moros, los otros iban á las tiendas é comían é holgaban algun poco; é cuando estos habían holgado iban á pelear, é los otros venían á holgar; é los hombres honrados que acabillaban la hueste, que eran hasta treinta, que estaban de caballo, fueron muy buenos aquel día é hicieron muchas buenas arremetidas. Mas entre todos los que mejor lo hicieron fueron el conde de Tolosa é Boymonte é Tranquer, ca estos eran los que mas acometían á los moros é que mayor daño les sabían hacer, catando la manera de cómo los venían acometer, é haciendo sus encuentros con ellos lo mas á su pro que podían é á daño de los moros, que cuidaban en todas maneras tomarlos á manos aquel día, si pudiesen, é si no, rodeallos toda la noche que se non fuesen; pero combatiéndolos todavía, de manera que no los dejasen dormir; é otro día, con el daño que hobiesen recibido los cristianos, é con el trabajo que sufrían, é mas el sueño que les habían quitado, que los matarían todos ó los tomarían á prision, que solo uno escapar no se les podría. Los cristianos habían, otrosí, su acuerdo, que enviasen de noche con otro mensajero, allende del agua, á la otra hueste que los acorriese; é si por aventura no hobiesen otro día acorro, que se irían matar con los moros, porque mas valdria que no que los matasen ó los prendiesen, como á cobardes, en las tiendas con sus mujeres; é las dueñas, otrosí, habían tomado su acuerdo, que si á los maridos viesen ir á los moros, é fuesen muertos é vencidos, que ellas se matasen con sus manos antes que cayesen en cativerio; é el obispo de Puy los esfuerzaba mucho, é les decía que se les veniese en memoria de cuánto nuestro Señor Jesucristo sufriera por ellos, é del bien del paraíso que daría á aquellos que por él muriesen; é con estas palabras, é otras muchas que les decía, conhortábalos é dábales tan gran esfuerzo, que no tenían en nada el trabajo que sufrían; ante habían todos muy gran voluntad de morir por nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO VIII.

Cómo los de la hueste mayor, do venía Gudufre, desbarataron los de la celada.

Segun que habemos dicho, mientras ellos estaban en aquel peligro, é el obispo de Puy los conhortaba con sus buenas palabras, Golfer de las Torres, que fuera á la otra hueste, do era el duque Gudufre é los otros hombres honrados de que vos habemos hablado, é les mostrara el gran poder de los moros que era venido sobre los de la otra hueste, porque habían mucho menester su acorro, era ya de vuelta é traía á los de la otra hueste mayor; é él venía ante todos, como aquel que era buen caballero d'armas é había gran sabor de acabar bien su mensaje; é el duque Gudufre venía luego cabe él, é sus hermanos Eustacio é Baldovin, é otrosí Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, é venía hí Baldovin de Borg, é Maines de Maenza, é el conde Rainer de Frisia, é el conde Estéban de Blois, é Galter de Paris, é Guillem de Gran Mesnada, é Guion é Albarin, que eran amos hermanos é muy buenos caballeros de armas, é Govarin de la Arena, é Guillem de Garlanda, é Galán de Santlis, é Guillem Carpenter, é Guion de

Monte Loarente, é Yugo de Santa María, é Yugo de Prois, é Cabdavena, é Albert de San Guarin; é venia ahí Yugo Mansel, é Gufre Daugvena, é Raul de Perona, que era entonces señor de Cambray, é otro conde Raul que había hí, que era muy rico é muy buen caballero d'armas; é otrosí, venia ahí Erbol de Valgris, é Raul de Monteforte, é el conde Retrol Dalperchas é Olis Dalmas, é Jarran de San Polo, é Onis de Pontes, é otros caballeros muchos que aquí no nombramos; así que bien eran trecientos hombres señalados é escogidos todos por muy buenos caballeros de armas; é eran de otros mas de ochenta mill hombres á caballo muy bien armados, sin la otra gente de pié, que era tan grande, que toda la tierra venia cubierta dellos; así que, no pasaban por monte tan espeso, que no hiciesen todo camino llano; é el mensajero que los guiaba dábase priesa que andoviesen lo mas alina que pudiesen, de manera que llegasen ante que los de la otra hueste hobiesen rescebido mas daño de lo recebido; é afincadamente lo decia á todos, mas mucho mas al duque Gudufre é á sus hermanos é al conde de Flándes, que á todos los otros, porque entendió que eran hombres que tenían mucho á su cargo aquel hecho; é súpolos guiar muy encubiertamente por unos valles, hasta que los llegó á un lugar donde oían las voces é veían cómo los moros combatían á los cristianos dentro en las tiendas; é vieron, otrosí, la hueste de Zuleman, que la tenía partida en dos partes, ca los unos tenía consigo, é los otros estaban en celada, porque si los que combatían á los de las tiendas fuesen maltratados, que los acorriesen aquellos; é aun si mayor poder llegase á los cristianos, que lidiasen con ellos aquellos de la celada; é si acasesiese que los moros fuesen maltratados, que saldria él con todo su poder, é que no podría ser que los no venciesen. E por ende, cuando el acorro llegó á aquel lugar que vos dijimos, paráronse los que iban delante, é preguntaron al duque Gudufre que á cuál de aquellas compañías irían primero: ó á los que combatían á los de las tiendas, ó á los que yacían en celada; é él dijo que á la gran hueste del Soldan. E Golfer de las Torres, que los guiaba, dijo así al duque Gudufre: que pues él veniera para acorrer aquellos que estaban en las tiendas, que allí le parecía que debía ir primero que á otro lugar. Mas el duque Gudufre miróle é díjole así: que aquel no era buen consejo, ni él lo tomaría, ca pues él veía el mayor poder de los moros, tenía que á aquellos debían ir primeramente é punnar de los vencer, con la ayuda de Dios; porque luego que aquellos fuesen vencidos, luego los otros no se deternían que se non rindiesen, porque el esfuerzo grande que ellos habían para combatir á los de las tiendas no era sino por el otro grande poder que ellos dejaban en reguarda; é por ende, que quien á los mas venciese, que vencería á los otros todos, é aun sin aquello, que bien sabía él qué tales eran los que en las tiendas estaban. Que cuando supiesen que acorro les había venido; que podrían vencer muy ligeramente á aquellos que los combatían. E esta palabra tovieron por muy buena todos los que la oyeron, é preciaron mucho al Duque que la dijera, porque pensaron que había dicho palabra de hombre de buen seso; é luego que este consejo hobieron tomado, fue-

ron á herir derechamente allí do estaba Zuleman é el Soldan con todo su poder, é herieronlos tan de récio, que pocos hobo allí de los cristianos que cada uno no matase ó no derribase el suyo; así que, en poca de hora mataron tantos dellos, que toda la tierra estaba cubierta, é tan grandes fueron las voces é los gritos de los moros, que los de la otra hueste, que combatían en las tiendas, lo oyeron. E el duque de Normandía é el conde de Tolosa é Boymonte hobieron su acuerdo, é dijieron así: que aquellas voces é aquel ruido que los moros hacían, no podría ser sino que el acorro era llegado de la otra hueste, é pues Dios les ayudaba, que era menester que se ayudasen ellos; é sobre eso hobieron su consejo que cabalgasen con todos los otros que tenían caballos en aquella hueste, é que fuesen á herir á aquellos moros que los combatían; é luego que esto hobieron dicho, cabalgaron mucho ahína; é tan bien ellos como la otra gente que estaba á pié fueron á herir en los moros, é de la ida que hicieron todos acorradamente, é del mensaje que les llegara á los moros cómo los de la otra gran hueste eran vencidos, cogieron tan gran miedo, que no había ninguno que los quisiese esperar, é comenzaron todos á huir, é los cristianos á los matar, é á derribar é prender tan esforzadamente, que en muy poca de hora los hobieron destruidos é echados fuera de todo el campo. Mas los de la otra hueste, do era el duque Gudufre, que herían do estaba el soldan Zuleman, fueron tan bien andantes, que en ayuntándose con las haces de los moros, Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, fué herir á un almirante que llamaban Arcadores, é dióle tan gran lanzada, que le falsó el escudo é el lorigon, é metióle la lanza por los pechos, é dió con él del caballo muerto en tierra; é sobre esto volviéronse todas las haces, que de la parte de los moros no faltó hombre ni almirante honrado que lo non veniese acorrer, é de los cristianos, otrosí, todos los que iban en la delantera; así que, todo hombre que hí estuviere podría ver muchos caballos yacer muertos, é muchos andar sueltos por los campos, los unos las riendas quebradas, é los otros los petrales, é los otros los arzones detrás, quebrados de los grandes golpes que recibieran los señores que andaban en ellos, porque hobieran á caer; é otrosí, yacían en tierra muchos caballeros de cada parte, los unos muertos é los otros mal llagados, de manera que no podían guarescer; é tanta era la gente que andaba esparcida por el campo, é tan doloridas eran las voces de los que yacían mal llagados cuando les pasaban por encima los caballos, que todo hombre que lo viese lo tenía por mortal guerra é por muy erudo hecho de armas. E en la otra hueste, Boymonte, que se halló adelante, fué á herir á un hijo de un almirante que los aquejaba mas de cerca que ninguno de los otros; é el moro, cuando lo vió, no lo quiso esperar, maguer tenía lanza é andaba muy bien armado é muy ricamente; ante volvió las espaldas é comenzó á huir, é Boymonte lo alcanzó, é porque no traía lanza, hiriólo con el espada, é dióle tan gran golpe por encima de la cabeza, que le metió la espada hasta dentro en los meollos, é dió con él muerto en tierra; é en cayendo, tomóle la lanza que tenía é enderezóse contra un turco que venia derechamente á él, é el mo-

ro, cuando lo vió, hurtóle el cuerpo, é herió de través á Boymonte tan fieramente, que le falsó el escudo é la loriga, é pasóle la lanza so el sobaco izquierdo, de manera que le tocó ya cuanto el hierro por la carne, pero no lo derribó; é al revolver que el moro se revolió, quebrantó la lanza, é Boymonte tornó á él é herióle con la suya, que tomara al otro moro que había muerto; tan gran golpe á sobremano le dió por las espaldas, que gela sacó por los pechos; así que, luego cayó muerto del caballo en tierra. Mas los moros, cuando esto vieron, como iban huyendo, tornaron todos, los unos por vengarle é los otros por sacarle de la priesa; é quejaron tan fieramente á Boymonte, que le quebrantaron todo el escudo á golpes de espadas é de porras, é falsáronle el yelmo, maguer era muy bueno, de guisa que le descendía la sangre por el rostro, é llagáronle el caballo bien en treinta lugares, que de grandes heridas, que pequeñas; é hobiéranle muerto sin ninguna dubda, sino porque todos los que estaban en las tiendas fueron á herir sobre ellos, unos de pié, los otros de caballo, así como cada uno estaba, é mataron é derribaron tantos de los moros, que por fuerza lo sacaron de entre ellos. E un caballero fué entonces muy bueno allí aquel día, de los que yacían en las tiendas, é este había nombre Ruberte, hijo de Giralt, sobrino del duque de Normandía; é mató é derribó muchos moros por su mano, é él traía la seña de Boymonte, ca era hombre á quien él amaba mucho, porque le hacía muy gran servicio é andaba siempre á su mandado, é aquel guardaba ese día á Boymonte; é cuando vió la gran priesa de los moros que lo cargaban mucho, dió la seña á un su sobrino que era muy buen caballero de armas, é él tomó una lanza gruesa é fuerte, é metióse por medio de los moros, muy bien armado el cuerpo é el caballo, é entró señalado muy bien á maravilla de aquellas armas que traía; así que, todos le paraban mientes, moros é cristianos, cuán apuestamente andaba armado; é allí do iba encontróse con un almirante que era de tierra de Persia, que había nombre Carfagat, é era tan grande hombre, que en la tierra do él moraba lo tenían por gigante, é era muy esforzado é muy buen caballero d'armas, é había hecho aquel día gran daño á los cristianos, ca matara bien tres ó cuatro caballeros por sus manos de la compañía de Boymonte, é aun entonces acabara de matar á Guillen, el marqués, hermano de Tranquer, que era caballero niño é hermoso é muy bueno de armas, según su edad; é había hecho este mancebo mucho aquel día por sus manos, en matar é derribar caballeros señalados de los mejores que había entre los moros; é por el gran placer que hobiera cuando vió huir á aquellos que los tenían cercados en las tiendas, aunque se fué en uno con Boymonte é Tranquer, su hermano, no los quiso esperar, é fuése meter entre las haces de los moros, allí do las vió mas espesas, heriendo é matando en ellos muy fieramente; mas, como andaba ligeramente armado, por la gran calor que hacía, é su caballo no traía guarnición ninguna, los arqueros de Persia, que eran muchos, entre quien él se fué á meter, cercáronle en derredor é matáronle el caballo, é herieron á él de muchas heridas mortales; pero, con todo eso, él nunca quedó de defenderse, estando á pié, la espada en la mano, ca ya la

lanza había perdido en ellos, hasta que llegó aquel gran moro de Persia, de que ya oistes, é dióle tan gran lanzada con una lanza fuerte que él traía, que le falsó el per-punte é la loriga; así que el hierro de la lanza apuntó á las espaldas é dió con él muerto en tierra. E luego que esto hobo hecho, dejóse ir á los otros cristianos, matando é heriendo en ellos cuanto él mas podía, hasta que se encontró con Ruberte, hijo de Giralt, de que vos ya dijimos; é luego que se vieron, fuéronse herir tan de récio, que se falsaron los escudos é las lorigas, pero aguijó el moro el caballo, é Ruberte fué derribado del suyo; mas levantóse mucho ahína, como aquel que era muy esforzado é muy ligero á gran maravilla, é metió mano á la espada, de que sabía muy bien herir, é dió tan gran cuchillada al caballo del moro por el pescuezo, que non le fincó sino el cuero de la garganta; de guisa que el caballo luego fué muerto, é el moro que estaba encima dél dió tan gran caída, que se non pudo levantar, lo uno, por el gran quebranto que recibiera al caer, lo otro por la gran ferida que tenía. Ruberte, cuando lo vió así yacer, dióle una herida con la punta de la espada por la cabeza é matólo. E sobre aquello se volvieron los moros é los cristianos, que á grandes penas pudo cabalgar Ruberte en su caballo, ca los moros lo querían matar, é los cristianos lo amparaban; é tan grande fué el ruido de la una parte é de la otra, de las voces que daban los moros, é otrosí de los atambores que tañían, que non se podían oír unos á otros las palabras que se decían; mas un almirante de los de Anconia, que había nombre Tahaguim, que era muy preciado entre los moros de esfuerzo é de caballería, é había seido aquel día muy dañoso á los que yacían encerrados en las tiendas, é era grande é hermoso é bien facionado para ser muy récio, é era mejor cabalgador que cuantos hombres había en Anconia, é ataviábase mas apuesto; así que, el su caballo, é las sus armas, é el su per-punte, é las sus coberturas, era todo tan bien labrado é tan ricamente, con oro é con piedras preciosas, que los que lo veían lo apreciaban en muy gran haber; é cuando vió que los moros iban así dejando el campo é perdiendo los mejores hombres que habían, crecióle tan gran saña con pesar, que volvió la cabeza del caballo é fué herir á un caballero de Alvernia, é dióle tan gran lanzada por medio del escudo, que gelo pasó; mas la loriga era muy buena é non gela pudo falsar, é quebrantóle su lanza en los pechos; mas el caballero era valiente é ardit á gran maravilla, é acertó al moro por medio de la garganta, de manera que le salió el fiero por el pescuezo é dió con él muerto en tierra. E el lugar do esto fué era vacío de los moros, é dejó el su caballo, é tomó el del moro, porque le pareció mejor que el suyo; empero dió el suyo á guardar, é fué mucho menester aquel día, ca luego á poca de hora gelo mataron los alárabes, é hobieran á él muerto, sino porque le acorrieron con el otro su caballo que él mandara guardar; é entonces los moros mandaron tañer los atambores é tornaron todos como de refresco, é fueron á herir á los cristianos tan de récio, que si no fuera por la gran merced que les Dios hizo, en cuyo servicio andaban, é por los buenos caballos de los hombres honrados que hí eran, así como el conde Remon de Tolosa, é el duque de Normandía, é